

AMORES DE PROVINCIA.

En la vida pura y monótona de las jóvenes hay una hora deliciosa en que el sol les derrama sus rayos en el alma, en que las flores esprimen pensamientos, y las palpitaciones del corazón comunican al cerebro su ardiente fecundación, y confunden las ideas en un vago deseo; hora de inocente melancolía y de suaves gozos. Cuando los niños empiezan á ver se sonrien, cuando una jóven entrevé el sentimiento en la naturaleza se sonrie como cuando era niña. Si la luz es el primer amor de la vida, no es el amor la primera luz del corazón?... Este momento habia llegado ya para Eugenia.

— Madrugadora como todas las jóvenes de provincia levantóse muy de mañana, rezó sus oraciones, y luego empezó su tocado, ocupacion importante ya, y que desde entónces en adelante debia tener un sentido. Primero alisó sus cabellos castaños, torció por encima de la cabeza sus hermosas trenzas, evitando con el mayor cuidado que no se saliesen los cabellos, y puso en su tocado una simetría que realzó el tímido candor de su rostro, yendo acordes la sencillez de los accesorios con la naturalidad de las líneas. Luego lavándose muchas veces las manos con agua pura que le endurecia y coloraba la piel, miróse sus hermosos y rollizos brazos y se preguntó qué debia hacer su primo para tener las manos blancas y tan bien contorneadas las uñas. Púsose medias blancas y los zapatos menos feos, se apretó el corsé sin dejar ojal alguno por pasar y en fin deseando por la primera vez de su vida, parecer bien á otro, conoció la ventaja de tener un vestido nuevo bien hecho, y que la hiciese mas atractiva.

Acabada su *toilette*, oyó tocar el reloj de la parroquia y quedóse pasmada de que no diesen mas que las siete. El deseo de tener todo el tiempo necesario para vestirse bien la habia despertado y héchola levantar sobrado temprano. Ignorando el arte de hacer y deshacer diez veces un mismo bucle y de estudiar el efecto que causa cada vez, Eugenia plegó los brazos se sentó á la ventana, contempló el patio,

el estrecho jardin y los altos terrados que lo dominaban, vista melancólica y limitada; pero no desprovista de misteriosas bellezas, peculiares á los lugares solitarios ó á la naturaleza inculta.

Cerca de la cocina habia un pozo sobre el cual colgaba una garrucha, sostenida por un brazo de hierro que envolvian los pámpanos marchitos, rojos y secos de una parra, cuyo tortuoso tronco se elevaba sobre un leñero, en el que la leña estaban arreglada con tanta exactitud como los libros en la biblioteca de un bibliófilo. El empedrado del patio presentaba aquellas manchas negruzcas causadas por el tiempo, el muzgo, las hierbas y la falta de movimiento. Las macizas paredes presentaban su verduzca camisa ondeada de largas manchas oscuras. En fin los ocho escalones que habia en el fondo del patio, y por los cuales se subia á la puerta del jardín estaban desmoronados y cubiertos de elevadas plantas como el sepulcro de un caballero enterrado por su viuda en tiempo de las cruzadas. Sobre un pedrizo de baldosas ahujereadas habia una reja de madera podrida, medio caída de puro vieja, y en la que se encaramaban á su sabor algunas plantas trepadoras. En cada lado de la puerta de claraboya se estendian las tortuosas ramas de dos manzanos desmedrados. Tres caminos paralelos, arenosos y separados de los cuadros por medio de cercaditos de boj, componian aquel jardin que terminaba con

un cobertizo de tilos. En un extremo habia frambuesos, en el otro un inmenso nogal que inclinaba sus ramas hasta sobre el gabinete del tonelero. Un día claro y el hermoso sol de los otoños propios á las riberas del Loira acababan de disipar las últimas sombras que la noche habia dejado en los objetos pintorescos, en las paredes y en las plantas que amueblaban el jardin y su patio.

Eugenia encontró encantos del todo nuevos en el aspecto de aquellas cosas, antes tan ordinarias para ella. Levantáronse en su alma mil confusos pensamientos y cruzábanse á medida que los rayos del sol se cruzaban tambien. Por último tuvo aquel sentimiento de vago é inesplicable placer, que envuelve el ser moral como una nube envolveria el ser físico. Sus reflexiones iban acordes con los detalles de aquel paisaje singular, y las armonias de su corazon hicieron alianza con las de la naturaleza.

Cuando el sol llegó á una parte de la pared de la que se desprendian *cabellos de Venus*, cuyas hojas cambian de color como el cuello de los palomos; rayos celestes de esperanza iluminaban el porvenir de Eugenia, que en adelante debia amar aquel lienzo de pared con sus flores pálidas, sus campanillas azules y sus hierbas marchitas, con las cuales se mezcló un recuerdo gracioso como los de la infancia. El ruido que cada hoja hacia al desprenderse del árbol, en aquel patio sonoro, era una respuesta á las se-

cretas preguntas de Eugenia, que habria pasado allí todo el día, sin ver como trascurrían las horas.

Sucedieron despues tumultuosos movimientos del alma. Levantóse repetidas veces, fuese al espejo y miróse como un autor de buena fe contempla su obra para criticarse y decirse injurias á si mismo.

— No soy bastante hermosa para él. Esto pensaba Eugenia, ¡pensamiento humilde y fértil en sufrimientos! La pobre niña no se hacia justicia; pero la modestia ó por mejor decir la timidez es una de las primeras virtudes del amor. Eugenia era una de aquellas jóvenes robustas, como suelen serlo las de la menestralía y cuyas bellezas parecen vulgares; mas, si bien se semejava á la Vénus de Milo, tenia en sus formas aquella suavidad de los sentimientos cristianos que las purificaba y daba una distincion, desconocida á los escultores antiguos. Tenia la cabeza grande, la masculina pero delicada frente del Júpiter de Phidias, y unos ojos grises en los cuales su casta vida se habia reducido por entero, imprimiéndoles una brillante luz. Los rasgos de su redonda cara fresca y rosada en otro tiempo, se habian pronunciado mas por las viruelas que la habian sido bastante clementes en no dejarla pecas, pero que habian destruido lo aterciopelado de la piel, tan suave no obstante y delicada, que el materno beso imprimia una rosa pasajera en sus mejillas. Su nariz era un poco grande, pero se harmonizaba muy

bien con una boca de color de minio, cuyos labios estaban llenos de amor y de bondad. El cuello estaba perfectamente contorneado. El seno bien bombado, cuidadosamente cubierto, atraía la vista y hacia pensar; y aun que carecia algun tanto de esa gracia que se adquiere, no obstante, la inflexibilidad de su elevado talle debia ser una gracia para los concedores. Eugenia fuerte y robusta, no era linda; su belleza pertenecia á aquella clase de beldades que se desconocen facilmente, y que solo un artista sabe apreciar en su valor. Mas el pintor que busca en la tierra el tipo de la caestial pureza de Maria, que pide á toda la naturaleza femenina la nobleza y modestia de aquellos ojos adivinados por Rafael, aquellas líneas virjinales que da la naturaleza alguna vez, y que solo la castidad de la vida y la meditacion pueden imprimir ó conservar; ese pintor, ávido de tan raro modelo, hubiera hallado en el rostro de Eugenia la nobleza innata que se ignora; habria visto en una frente llena de calma, un mundo de amor, y en la copa de los ojos, en el movimiento de sus párpados aquel *no sé qué de divino*. Sus facciones, los contornos de su cabeza que la espresion del placer no habia jamas contraido ni fatigado, parecíanse á las líneas del horizonte tan suavemente cortadas en la lontananza de tranquilos lagos. Esta fisonomia, pacífica y colorada, llena de luz como una hermosa flor recién abierta, tranqui-

lizaba al alma y comunicaba el encanto de la conciencia que se reflejaba en ella, atrayendo las miradas.

Euegnia se encontraba aun en el principio de la vida, en que florecen las ilusiones infantiles, en que se recojen margaritas con delicias que despues se desconocen; y por eso se decia, sin saber aun lo que era amor.

—Soy demasiado fea, y no parará atencion en mí...

Luego abrió la puerta de su cuarto que daba sobre la escalera, y alargó la cabeza para escuchar el ruido de la casa.

—Mi primo no se levanta todavía, pensó al oír la tós matinal de Mariana, y que esta iba y volvía, que barria la sala, encendía el fuego, encadenaba al perro y hablaba á los animales del establo.

Eugenia bajó corriendo y fuése hácia Mariana que ordeñaba la vaca.

—Mariana, mi buena Mariana, procura hacer nata para el café de mi primo.

Mariana soltó una gran carcajada.

—Pero, Señorita, esto hubiera sido necesario hacerlo ayer. No puedo hacer nata de ninguna manera. ¡Pero cuan gallardo es el primo de V.! ¡Oh! es guapo! guapo! verdaderamente guapo! ¡V. no le ha visto con su gran casaca de seda y oro; yo sí; y sus camisas son finas como el roquete del padre cura.

—Mira, Mariana, haznos torta-hojaldre.

—¿Y de dónde he de sacar la leña para el horno, la harina y la manteca? respondió Mariana, que en calidad de primer ministro de M. Grandet, tomábase á veces una importancia enorme á los ojos de Eugenia y de su madre. No ve V. que seria menester robar á ese hombre para festejar á su primo de V?... Pídale V. manteca, harina y leña, y puesto que es su padre, puede ser que se las dé. Mire V. baja para dar las provisiones del día...

Eugenia se fué al jardín, llena de espanto, oyendo como los pasos de su padre hacian temblar la escalera. La inocente niña sentia ya los efectos de aquel profundo pudor y de esa conciencia particular de nuestra dicha, que nos hace creer, no sin razon quizás, que nuestros pensamientos estan grabados sobre nuestra frente, y que saltan á la vista de otro. Luego aperciéndose de la fria desnudez de la casa paterna, sentia la pobre muchacha una especie de despecho de no poderla poner en armonía con la elegancia de su primo. Entónces nació en ella un deseo apasionado de hacer algo para él. ¿Que?... Ella misma no lo sabia. Sencilla y sin doblez abandonábase á su naturaleza anjélica, sin desconfiar de sus impresiones, ni de sus sentimientos. La sola vista de su primo habia despertado en ella todas las inclinaciones naturales á la mujer, tanto mas vivamente por cuanto habia llegado á los veinte y tres años, y se encontraba en la plenitud de su inteli-

jencia y sus deseos. Por la vez primera tuvo terror su corazon al ver á su padre; pues veía en él al dueño de su suerte, y se creyó culpable, ocultándole algunos pensamientos. Empezó á andar á paso precipitado, admirándose de respirar un aire mas puro, de sentir los rayos del sol mas vivificantes y de hallar en ellos un calor moral y una vida nueva.

Miéntas buscaba un medio para obtener la torta-haldre, trabábase entre Mariana y M. Grandet una de aquellas disputas que eran tan raras entre ellos como las golondrinas en invierno. Armado de sus llaves el avaro habia ido á medir los víveres necesarios para el consumo del día.

—¿Quedó pan ayer? preguntó á Mariana.

—Ni una miga, señor.

M. Grandet tomó entónces uno grande y redondo, bien enharinado, amoldado en uno de aquellos cestos chatos, de que se sirven en Anjou, para amasar, é iba ya á cortarlo cuando Mariana le interrumpió diciéndole:

— Hoy somos cinco, mi amo.

— Es verdad: pero este pan pesa seis libras, y aun sobraré. Por otra parte, esos jóvenes de Paris verás que apenas comen pan. Casi son como niñas para casar.

En fin despues de haber ordenado con mucha parcimonia el gasto cotidiano, dirijíase hácia su frutero (14), cerrando no obstante sus armarios y la

despesa, cuando Mariana le detuvo para decirle:

—Vamos, mi amo, deme V. harina y manteca para hacer una torta-hojaldre para los jóvenes.

—Yo creo que vas á poner á saco mi casa, por causa de mi sobrino!

—Lo mismo pensaba yo en el sobrino de V. que en su perro: ni mas ni ménos que V. ¿Y ahora por qué no me da V. mas que seis pedazos de azúcar? Necesito ocho.

—Pues no te daré mas que seis.

¡Vaya! ¿y eso? Yo no te he visto nunca de esa manera! ¿Dónde tienes la cabeza hoy? ¿Eres tú el ama?

—Y bien! como quiere V. que endulce el café su sobrino?

—Con dos pedazos. Yo no tomaré.

—Como! á la edad de V.! Antes lo compraré de mi bolsillo.

—No te metas en lo que no te importa.

A pesar de la baratura del azúcar este era siempre para el tonelero el mas precioso de todos los productos coloniales: para él siempre valia seis francos cada libra. La obligacion de economizarlo, contraida en tiempo del imperio (15), habia llegado á ser la mas indeleble de sus parcimonias.

Todas las mujeres, hasta la mas tonta saben industriarse para alcanzar lo que desean. Mariana dejó la disputa del azúcar para obtener harina y manteca para la torta.

—¿Señorita, gritó por la ventana, no es verdad que V. quiere una torta-hojaldre?

—No, no, respondió Eugenia.

—Vamos, dijo Grandet al oír la voz de su hija, toma... Y abrió la caja en que estaba la harina, le dió una medida, y añadió algunas onzas de manteca al pedazo que le habia cortado ántes.

—Tambien necesito leña para calentar el horno, dijo la implacable Mariana.

—Bien: tomarás la que necesites, respondió melancólicamente su amo; mas entónces nos harás una tarta y cocerás toda la comida en el horno, sin que pongas dos fuegos.

—Bien! esto no necesito que V. me lo avise.

Grandet echó una mirada casi paternal á su fiel ministro.

—Señorita, gritó la cocinera, tendrémos torta-hojaldre.

Cuando el tío Grandet volvió cargado de sus frutas, y ella hubo arreglado el primer plato sobre la mesa de la cocina:

—¡Mire V.! dijo, qué lindas botas tiene su sobrino! ¡Qué buen cuero! y qué bien huele! ¿Cómo se limpian? ¿será bueno el unto de huevo?

—Mariana, yo creo que el huevo echaria á perder ese cuero. Por otra parte, puedes decir á mi sobrino que no sabes como se enlustra el marroquin, porque esto es marroquin, y entónces él mismo com-

prará y te dará el unto para limpiar sus botas. He oído decir que se suele poner azúcar para hacerlas mas brillantes.

—Entonces debe ser bueno para comer, dijo la criada, acercándose las botas á la nariz. Toma, toma! huelen á agua de colonia. Es extraño!

—Estrañó encuentras que haya quien gaste en sus botas mas que no vale el mismo que las lleva!

—Señor, que ahora no harémos una ó dos veces por semana puchero á causa de su...

—Sí.

—¿He de ir á la carnicería?

—No, harás el caldo de aves. Los arrendadores te traerán; y encargaré á Cornoiller que mate cuervos. Esta caza es la que da el mejor caldo del mundo.

—¿Es verdad que los cuervos se comen á los muertos?

—¡Que bestia eres! Los cuervos comen lo que encuentran lo mismo que los demas. ¿Por ventura no vivimos nosotros de los muertos? ¿Qué significan las herencias?

Y no teniendo mas que mandar M. Grandet sacó su reloj, y viendo que le quedaba media hora todavía antes del almuerzo, tomó su sombrero y yendo á dar un abrazo á su hija, la dijo:

—Quieres pasearte por la orilla del rio, en mis praderas? Tengo algo que hacer.

Entonces Eugenia se puso el sombrero de paja

cosida, forrado de tafetan de color de rosa, y padre é hija bajaron hasta la plaza por aquella calle tortuosa.

—A dónde va V. tan de mañana? preguntó el notario Cruchot, que encontró á M. Grandet.

—Tengo que ver alguna cosa, respondió el bueno, sin dejarse engañar con el matinal paseo de su amigo.

Cuando el tonelero tenia que ver alguna cosa, el notario sabia ya por esperiencia que tambien tenia él alguna cosa que ganar. Por consiguiente, le acompañó.

—Oiga V., Cruchot, que puesto que es uno de mis amigos, voy á demostrarle claramente que es una necedad el plantar álamos en buenas tierras.

Maese Cruchot abrió unos ojos llenos de admiracion.

—Há olvidado V. los sesenta mil francos que le han producido los que tenia en las praderas del Loira? ¡Qué fortuna ha tenido V.! ¡Qué buen pensamiento el de cortar los árboles cuando en Nantes no habia madera, y venderlos á treinta francos!

Eugenia escuchaba sin saber que se acercaba el momento mas solemne de su vida, y que el notario iba á hacer pronunciar sobre ella un fallo paternal y soberano.

—Cruchot, dijo M. Grandet, al llegar á sus magníficos prados, en que tenia ocupados treinta jornaleros; vea V. el terreno que ocupa un álamo.—Juan,

dijo llamando á un jornalero, mídelo con tu *toesa*.

— Cuatro veces ocho pies, respondió el jornalero despues de haber medido.

— Treinta y dos pies de pérdida, dijo Grandet al notario. ¿En esta línea tenia trescientos álamos, no es verdad? Ahora bien: tres cien... cien... cien... cien... veces treinta y dos pi...pies me qui... quitaban dos veces otro tanto por los lados; son mil quinientos: las hileras del medio otro tanto, digamos tres mil garbas de heno.

Y esas tres mil garbas, añadió Cruchot para ayudar á su amigo, valen mil ochocientos francos.

— Di... di... diga V. dos mil, á causa de los tres ó cuatro cientos del retoño. Bueno, cal...calcule V. lo que dos mil francos por año producen durante cua... cua... cuarenta, con los in...intereses compuestos, que u u u usted sabe.

— Vaya por cien mil francos, dijo el notario.

— Séase, esto no hará mas que... que... que... que cien mil francos. ¡Y bien! continuó el avaro sin tartamudear mas, dos mil quinientos álamos de cuarenta años no me producirían sesenta y cinco mil. Con que hay pérdida. Esto lo he calculado yo.

— Juan, llenarás esas fosas, esceptuando las del lado del Loira en que plantarás los álamos que he comprado. Poniéndolos en el río, se alimentarán á espensas del gobierno, añadió volviéndose á Cruchot y dando al lobadillo de su nariz un ligero movimiento, que equivalia á la sonrisa mas irónica.

— Cruchot, estupefacto, estaba para adorar á Grandet.

— Está claro! los álamos no deben plantarse mas que en tierras flacas.

— Si señor, respondió el tonelero. Eugenia contemplaba el sublime paisaje del Loira, sin escuchar los cálculos de su padre; pero prestó atención de léjos al oír que Cruchot decia á su cliente:

— Y bien! con que ha hecho V. venir un yerno de Paris: en Saumur no se habla mas que del sobriño de V. Pronto tendré que estender un contrato ¿no es verdad?

— Usted se ha salido de casa temprano para decirme esto, contestó Grandet, acompañando esta reflexión con un movimiento del lobadillo. Muy bien, camarada: voy á ser franco, y voy á decirle á V. lo que desca saber: Prefiriera echar á mi hija al río, que darla á su primo. Ya puede V. decirlo. Pero no, dejemos hablar á la jente.

Esta respuesta hizo perder la vista á la pobre Eugenia. De repente todas las esperanzas que empezaba á cobijar su corazón florecieron de improviso, se realizaron, reuniéronse y formaron un manojo de flores, que miró cortadas y echadas por el suelo. Desde el día ántes se unia á Carlos por todos los lazos de felicidad que enlazan las almas, y que en adelante debia corroborar el sufrimiento. ¿No entra en el noble destino de la mujer el conmoverse mas por las

pompas de la miseria que por los esplendores de la fortuna? ¿Como habia podido extinguirse en el corazon de su padre el sentimiento paternal? ¿de qué crimen era culpable Carlos? ¡Misteriosas cuestiones! Su naciente amor, misterio profundo, se envolvía ya en otros misterios. Volvió á su casa la pobre niña temblando, y al llegar á la antigua y sombría calle, tan alegre antes la encontró triste, y respiró la melancolía que el tiempo y las cosas habian grabado en ella. Ya no le faltaba ninguna enseñanza de amor.

Antes de llegar á su casa se adelantó algunos pasos mas que su padre, y le esperaba en la puerta, despues de haber llamado. Pero Grandet que veia en la mano del notario, un periódico todavia con la faja, le preguntaba: ¿cómo están los fondos?

—Usted no quiere creerme, Grandet, le respondía el notario. Compre V. pronto. Todavía hay un veinte por ciento que ganar en dos años, amen de los intereses. Cinco mil libras de renta por ochenta mil francos. Estan á ochenta y medio.

—Ya verémos, respondió Grandet, frotándose la barba.

—¡Dios mio! dijo el notario.

—¡Que hay! exclamó Grandet al mismo tiempo. que el notario le ponía ante los ojos el periódico, diciéndole:

—Lea V. este artículo.

«M. Grandet, uno de los comerciantes mas esti-

mados de Paris, acaba de suicidarse despues de haber estado en la bolsa como de costumbre. Antes ha enviado su dimision al presidente de la cámara de diputados, y ha demitido igualmente su empleo en el tribunal de comercio. La quiebra de los SS. A. y S. su agente de cambios y su notario le han arruinado. La consideracion de que gozaba M. Grandet y su crédito eran tales, sin embargo, que hubiera encontrado sin duda recursos en Paris mismo. Es de sentir que este hombre, honorable en realidad, haya cedido al primer movimiento de desesperacion, etc.

—Ya lo sabia, dijo el viñero al notario.

Esta palabra heló á maese Cruchot, que, apesar de su imposibilidad notarial, se sintió frio en la espalda al pensar que el Grandet de Paris habia tal vez implorado en vano los nueve millones al Grandet de Saumur.

—Y su hijo, tan alegre ayer.....

—Aun no sabe nada, respondió Grandet con la misma calma.

—Adios, señor Grandet, dijo Cruchot, comprendiéndolo todo y apresurándose á tranquilizar al presidente de Bonfons.

Al entrar M. Grandet en su casa encontró preparado el almuerzo y Eugenia abrazaba á su madre con aquella viva efusion del alma que nos causa un pesar secreto.

—Ya pueden ustedes comer, dijo Mariana sal-